

si le merecía más confianza. Todo vestigio de mal humor había desaparecido. Dijo á Mr. de Caulaincourt cuán satisfecho estaba del mariscal Macdonald que, habiendo sido durante tanto tiempo su enemigo, se conducía entonces como un amigo fiel; habló con indulgencia de la volubilidad del mariscal Ney, y expresándose respecto de sus capitanes con una dulzura un tanto desdeñosa, dijo á Mr. de Caulaincourt: «¡Ah, Caulaincourt, los hombres, los hombres!... Mis mariscales se avergonzarían de observar la conducta de Marmont, pues no hablan de él sino indignados, pero sienten mucho que se les haya adelantado así en el camino de la fortuna... Sin deshonrarse como él, desearían adquirir los mismos títulos al favor de los Borbones.» Después habló de Marmont con pena, pero sin amargura. «Le he tratado, exclamó, como á un hijo. A menudo tuve que defenderle contra sus colegas que, no sabiendo apreciar su talento y juzgándolo sólo por lo que es en el campo de batalla, no hacían caso ninguno de sus conocimientos militares. Le hice mariscal y duque por afecto á su persona, por condescendencia á recuerdos infantiles, y debo decir que contaba con él; es quizá el único hombre que no recelaba yo me abandonara; pero la vanidad, la debilidad y la ambición le han perdido. El desgraciado no sabe lo que le espera; su nombre será infamado. Podéis creer que yo ya no pienso en mí; mi carrera ha concluído, ó está bien á punto de concluir. Además, ¿qué placer puedo tener hoy en reinar sobre corazones cansados de mí y tan solícitos por entregarse á otros? ¡Pienso en la Francia, que es horrible dejar en este estado, sin fronteras, cuando las tenía tan hermosas! Esto es lo más agudo, Caulaincourt, en las humillaciones que se acumulan sobre mi cabeza. ¡La Francia que yo quería hacer tan grande, la dejo tan pequeña!... ¡Ah! Si esos imbéciles no me hubiesen abandonado, en cuatro horas la habría repuesto en su grandeza, pues podéis estar seguro que conservando los aliados su posición actual, con París á la espalda y yo á su frente, estaban perdidos sin remedio. Si hubiesen salido de París para librarse de ese peligro no habrían vuelto á entrar más, y sólo su salida delante de mí habría sido ya una inmensa derrota. Ese desgraciado Marmont ha impedido tan bello resultado. ¡Ah, Caulaincourt!, ¡qué alegría levantar la Francia en algunas horas!... y en este momento ¿qué partido puedo tomar? Me quedarán unos ciento cincuenta mil hombres, con lo que tengo aquí y con lo que me traerían Eugenio, Augereau, Suchet y Soult; pero sería preciso que me fuera detrás del Loira, sería preciso atraer al enemigo sobre esa parte, extender indefinidamente los estragos á que la Francia está ya demasiada expuesta, poner á prueba otras fidelidades, que quizá me resultarían como la de Marmont, ¡y todo esto para continuar un reinado que toca á su fin! No me siento con fuerzas para continuar esa obra. Sin duda alguna prolongando la guerra, podríamos hacer mucho. Sé que por todas partes los aldeanos de la Lorena, de la Champaña y de la Borgoña acaban con los destacamentos aislados. Dentro de poco, el pueblo tomará horror al enemigo; en París se cansarán de la generosidad de Alejandro. Este príncipe es seductor, gusta á las mujeres, pero tanta gracia en un vencedor indignará bien pronto al sentimiento nacional. Además, llegan los Borbones, y

Dios sabe lo que traen con ellos. Hoy día van á pacificar la Francia con la Europa; pero mañana, ¿en qué estado la pondrán consigo misma? Son la paz exterior, y la guerra intestina. De aquí á un año ya veréis lo que habrán hecho del país. Ni seis meses conservarán á Talleyrand. Habría, pues, muchas probabilidades de triunfos políticos y militares en una lucha prolongada, pero á costa de males espantosos... Además, actualmente estoy yo de sobra. Mi nombre, mi imagen, mi espada, todo infunde miedo...; es preciso rendirse...»

«Voy á llamar á los mariscales y veréis su alegría cuando yo les saque de apuros y les autorice á seguir el ejemplo de Marmont.»

Este completo desprendimiento de las cosas, esta indulgencia hacia las personas, correspondían en Napoleón á la grandeza de su espíritu y al sentimiento de sus inmensas faltas. Si, en efecto, sus incansables capitanes estaban en el día rendidos ya, era porque él había apurado en ellos el término de las fuerzas humanas, sin haber sabido detenerse en los límites naturales de los hombres y de las cosas. No eran ellos los únicos que estaban cansados, sino que lo estaba también el universo, y su defección no tenía otro motivo. Pero después de haber cometido tales faltas engrandece al genio conocerlas, sacar de ese conocimiento una noble justicia, y elevarse así á esa altura de lenguaje que da tanta dignidad á la desgracia.

Napoleón habló en seguida de la suerte que le reservaban: aceptó la isla de Elba y no opuso ninguna dificultad en lo relativo á su persona. «Ya sabéis, dijo á Mr. de Caulaincourt, que yo no necesito nada. Tenía ciento cincuenta millones economizados de mi asignación, que me pertenecían como pertenecen á un empleado los ahorros que ha hecho con su sueldo. Se lo he dado todo al ejército, y no me pesa. Que den con que vivir á mi familia, y es todo lo que pido. En cuanto á mi hijo, será archiduque, y quizá estará mejor que en el trono de Francia. Si subiera á él, ¿sería capaz de sostenerse? Pero yo desearía para él y para su madre la Toscana, porque así estarían cerca de la isla de Elba y yo podría verlos.»

Mr. de Caulaincourt respondió que el rey de Roma no obtendría jamás esta dotación, y que, gracias á Alejandro, tendría Parma cuando más. «¡Cómo!, repuso Napoleón, ¿en cambio del imperio francés ni siquiera la Toscana!...» Y se sometió á las reiteradas afirmaciones de Mr. de Caulaincourt. Después de su hijo se ocupó de la emperatriz Josefina, del príncipe Eugenio y de la reina Hortensia, é insistió porque su suerte quedase asegurada. «Por lo demás, dijo á Mr. de Caulaincourt, todas esas cosas se harán sin trabajo, pues no serán bastante mezquinos para disputarlas. Pero sobre todo se debe pensar en el ejército y la Francia. Puesto que abandono el trono y que aun hago más, rindo mi espada teniendo tantos medios de emplearla todavía, ¿no me asiste derecho á pedir alguna compensación? ¿No podrían mejorar la frontera francesa, puesto que la fuerza que resultaría para la Francia no estará en mis manos, sino en la de los Borbones? ¿No podrían estipular para el ejército el sostenimiento de sus ventajas, como sus grados, títulos y dotaciones? ¿No podrían conservar los tres colores que ha llevado con tanta gloria por todas las partes del mundo, cosa que le sería

tan grata? En fin, puesto que nos rendimos sin combatir, cuando nos sería tan fácil verter tanta sangre todavía, ¿no nos deben algo, sobre todo separándome yo, que soy el objeto de todos sus odios y temores?» Y extendiéndose largamente sobre ese tema, que no se apartaba de su mente, Napoleón quería que estipularan alguna cosa para la Francia y para el ejército. Pero Mr. de Caulaincourt le quitó estas ilusiones, diciéndole que ya no le era dado tratar de esos intereses tan grandes y tan respetables; que en virtud del principio de su destitución, la facultad de representar á la Francia, de negociar por ella, había pasado al gobierno provisional, y que no escucharían nada de cuanto él dijera sobre este punto. «Pero, replicó Napoleón, ¿qué otra fuerza tiene ese gobierno provisional más que la mía, más que la que yo le presto estándome aquí en Fontainebleau con los restos de mis tropas? Cuando el ejército y yo nos habremos sometido, se verá en la más completa impotencia; le escucharán menos aun que á nosotros y se verá precisado á rendirse á discreción.»

En efecto, tal era la situación, y no podía describirse con más verdad; pero aquel que la deploraba así era su principal autor, y debía resignarse á esto como á todo lo restante. Mr. de Caulaincourt hizo cuanto pudo para dárselo á entender, y como empleara este grave personaje una especie de insistencia en concentrar la atención de su soberano en el único objeto que le concernía en lo sucesivo, es decir, en su persona y su familia, el antiguo dueño del mundo exclamó impacientemente: «¡Quiéren, pues, reducirme á discutir miserables cuestiones pecuniarias!... Eso es indigno de mí... Ocupaos vos de mi familia, Caulaincourt... En cuanto á mí, no necesito nada... ¡Que me den la pensión de un inválido y tendré bastante!»

Después de estas conversaciones, que llenaron la noche y la madrugada del 6 de abril; después de la redacción del acta que contenía su abdicación definitiva, en cuyo escrito puso mucho cuidado, Napoleón llamó á los mariscales para darles á conocer sus últimas resoluciones. Admitidos en su presencia, y no sabiendo lo que había decidido, comenzaron á repetir sus lamentaciones; dijeron que el ejército estaba extenuado, que no tenía más sangre que derramar, tanta era la que había prodigado, y estaban tan ansiosos de correr cerca del nuevo gobierno, que quizá si hubiesen encontrado resistencia, habrían llegado á faltar al respeto por primera vez á Napoleón. Pero, después de haberles dejado algunos instantes en esta ansiedad, con una especie de malicia, Napoleón les dijo: «Tranquilizaos, señores, ni vosotros ni el ejército tendréis que derramar más sangre; consiento en abdicar pura y simplemente. Por vosotros como por mi familia habría querido asegurar la sucesión del trono de mi hijo, y creo que este desenlace os habría sido más ventajoso que á mí, pues habríais vivido bajo un gobierno conforme con vuestro origen, con vuestros sentimientos é intereses. Esto era posible, pero un indigno abandono os ha privado de una situación que yo esperaba alcanzaros. Sin la defección del 6.º cuerpo habríamos conseguido esto y otra cosa, habríamos podido restablecer la grandeza de la Francia... Pero ha sucedido lo contrario... Me someto á mi suerte, someteos vosotros á la vuestra... Resignaos á vivir con los Borbones y á servirles con fidelidad.

Habéis deseado el descanso, y lo tendréis. Pero ¡ay! ¡Dios quiera que me engañen mis presentimientos! No somos nosotros una generación hecha para el descanso. La paz que anheláis arrebatará más de entre vosotros en vuestro lecho de pluma que la guerra en nuestros campamentos.» Después de estas palabras, pronunciadas con un tono triste y solemne, Napoleón leyó el acta de su abdicación, concebida en estos términos:

«Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador Napoleón era el único obstáculo para el establecimiento de la paz en Europa, el emperador Napoleón, fiel á sus juramentos, declara que renuncia para sí y sus herederos á los tronos de Francia y de Italia, porque no hay ningún sacrificio personal, ni aun el de la vida, que no esté dispuesto á hacer en interés de la Francia.»

Al oír esto los capitanes de Napoleón se precipitaron sobre sus manos para darle gracias por el sacrificio que hacía y le repitieron lo que ya le habían dicho cuando su abdicación condicional, esto es, que al bajar así del trono se mostraba más grande que nunca. Napoleón permitió á su júbilo secreto estas últimas lisonjas, y les dejó hablar, pues no quería rebajarlos ni rebajarse á sí mismo con recriminaciones miserables. Además, ¿quién los había hecho como eran? Él, y nadie más, mediante el despotismo que había enervado su carácter, mediante las guerras interminables que habían agotado sus fuerzas: no tenía, pues, derecho para quejarse, y obraba noblemente reconociendo las consecuencias inevitables de sus errores, y sometiéndose sin un escándalo que habría sido humillante para todos.

Se convino en que Mr. de Caulaincourt, acompañado como antes de los mariscales Macdonald y Ney, volvería á París para llevar á Alejandro el acta definitiva de la abdicación, de la cual sería único depositario, y que debía canjear por el tratado que aseguraría á la familia imperial una posición conveniente. Napoleón insistió de nuevo en que no se hicieran esfuerzos, si era preciso hacerlos, más que en lo tocante á su hijo y á sus parientes; se despidió de los mariscales y estrechó afectuosamente la mano á Mr. de Caulaincourt, que era siempre el que le merecía más confianza.

Esta noticia difundida en Fontainebleau sembró la tristeza en las filas de los viejos soldados, causando por el contrario una inmensa alegría entre los oficiales de alta graduación. Efectivamente, ya sin muchas dificultades podían abandonar el antiguo soberano por el nuevo. La mayor parte de los mariscales buscaban el medio de enviar su adhesión al gobierno provisional, y con gusto habrían dado este encargo á Mr. de Caulaincourt si su nobleza no hubiese impedido este género de confianza. Pero su suplicio tocaba á su término, y veinticuatro horas bastarían para que abundaran los modelos de adhesión con firmas capaces de tranquilizar á los más escrupulosos. Mr. de Caulaincourt y los dos mariscales partieron inmediatamente para París, donde llegaron muy tarde el día 6. A las doce de la noche estaban en los aposentos del emperador de Rusia, que les esperaba con una impaciencia de la que eran partícipes los miembros del gobierno provisional y sus numerosos secuaces. Aunque la defección del sexto cuerpo había disminuído mucho los temores que inspiraba todavía Napoleón, y aunque las seguridades dadas por el ma-

riscal Ney y la mayor parte de los personajes militares con quienes se habían puesto en comunicación hubiesen dejado poca duda sobre la próxima adhesión del ejército, seguían sobrecogidos de un sentimiento de terror pensando en lo que podría el genio infernal, como ellos le llamaban, que se había retirado á Fontainebleau, y á quien honraban con el miedo que le tenían mientras pugnaban por deshonrarle mediante un desencadenamiento de injurias inauditas.

Cuando el mariscal Ney dijo á los más presurosos del palacio de San Florentino que podían estar sosegados, pues traían la abdicación pura y simple, hubo una especie de alegría universal. Así al entrar los enviados de Napoleón en las habitaciones del emperador Alejandro, este príncipe, que reservaba siempre su primer apretón de manos para Mr. de Caulaincourt, corrió esta vez al mariscal Ney para darle las gracias por lo que había hecho, y le dijo que entre todos los servicios que había prestado á su patria, el último no sería el más pequeño. El monarca ruso hacía alusión á la carta de la víspera, en la cual el mariscal Ney se había vanagloriado de haber decidido la abdicación, y había prometido recogerla y presentarla. Mr. de Caulaincourt y el mariscal Macdonald, ignorando la existencia de esta carta, y no habiendo visto nada que pudiera hacerles considerar al mariscal Ney como autor de las últimas resoluciones de Napoleón, se sorprendieron en extremo y dejaron traslucir su sorpresa al mariscal Ney, quien se quedó un poco cortado. Alejandro se apresuró á hacer extensivas á los otros dos negociadores las gracias que antes había dirigido al mariscal Ney, y enterado de las condiciones bajo las cuales consentían en entregar el acta esencial de que eran depositarios, no encontró nada que oponer á ellas. Sin embargo, en cuanto á la isla de Elba, declaró que sostendría su promesa, porque se juzgaba comprometido por las pocas palabras que había dicho á Mr. de Caulaincourt; pero que sus aliados consideraban imprudente esta concesión y la censuraban abiertamente; que en cuanto al rey de Roma y á María Luisa, lo menos que podían hacer en su favor era darles un principado en Italia, y que el Austria iba á recobrar bastantes territorios en esa comarca para no regatear con su propia hija; que relativamente á los hermanos de Napoleón, á su primera mujer, á sus hijos adoptivos, al príncipe Eugenio y á la reina Hortensia, se les concedería todo cuanto les era debido; que él se comprometía á ello personalmente; que, si era necesario, su ministro, Mr. de Nesselrode, sería el defensor de los intereses de la familia de Bonaparte, y que podían dirigirse á este ministro para los pormenores, salvo el recurrir á Alejandro en caso de dificultad. Al despedirse de los negociadores, el emperador de Rusia detuvo á Mr. de Caulaincourt, se explicó más francamente aún con este noble personaje, á quien trataba siempre como amigo, y le confesó que las noticias que acababa de recibir de la sublevación de los labradores franceses, sin alarmarle, le inquietaban un poco, pues esos aldeanos habían acuchillado á un grueso destacamento ruso en los Vosgos. Después se compadeció acerca de los abandonos que iban á multiplicarse alrededor de Napoleón, recomendó no perder tiempo para arreglar lo que le concernía, pues dos cosas hacían, según dijo, grandes progresos en aquel instante, la baja de los servidores del imperio

y la embriaguez de los servidores del antiguo reinado.

Con este motivo habló de los Borbones, de sus amigos, con una libertad singular; mostró á la vez sorpresa, disgusto y mal humor por lo que veía por todas partes, y dijo que después de haberles costado tanto trabajo el salvarse de las locuras guerreras de Napoleón, ahora no les costaría menos el evitar las locuras reaccionarias de los realistas. Alejandro se despidió de Mr. de Caulaincourt, prometiéndole toda su amistad para él y su apoyo para el infortunio de Napoleón.

Aun después de la destitución pronunciada por el senado, el temor que no cesaba de inspirar Napoleón en Fontainebleau había contenido á los realistas, y les había impedido entregarse á todas sus pasiones. La defección del 6.º cuerpo, que reducía á Napoleón á una completa impotencia, les había tranquilizado mucho; pero al saber su abdicación pura y simple, es decir, la entrega de su terrible espada que él mismo rendía, ya no guardaron más contemplaciones en la explosión de sus sentimientos. Que al cabo de tantos sufrimientos, de tanta sangre vertida, de tantos desastres públicos y privados, estuviesen gozosos porque iban á ver de nuevo á los príncipes bajo cuyo dominio habían sido jóvenes, ricos, poderosos y felices, nada era más natural y legítimo; pero que á la alegría añadiesen todos los furios del odio triunfante, aunque por desgracia fuese también muy natural, era bien deplorable para la dignidad de la Francia. En efecto, jamás se ha visto en ninguna época ni en ningún país, la explosión de ira que señaló la destitución declarada de Napoleón, siendo preciso reconocer que los partidarios del antiguo reinado, calificados especialmente con el título de realistas, no eran los únicos que vociferaban las más violentas injurias. Los padres y madres de familia, reducidos hasta entonces á maldecir en secreto aquella guerra que devoraba á sus hijos, libres ya de manifestar sus sentimientos, daban á Napoleón los nombres más atroces. No se había maldecido tanto á Nerón en la antigüedad, ni á Robespierre en los tiempos modernos. No se le designaba más que con el título del *Ogro de Córcega*. Le representaban como un monstruo, ocupado en devorar generaciones enteras para saciar una rabia de guerra insensata. Un escrito secretamente preparado por Mr. de Chateaubriand en las últimas horas del imperio, pero publicado al abrigo de las bayonetas extranjeras, era la exacta expresión de este desencadenamiento de odios sin igual. Con un estilo donde parecía que la pasión hubiese aumentado aún el mal gusto demasiado frecuente del escritor, Mr. de Chateaubriand atribuía á Napoleón todos los vicios, todas las bajezas y todos los crímenes. Este escrito era leído con increíble avidez en París, y de París pasaba á las provincias, exceptuando, sin embargo, aquellas en que el enemigo había penetrado. ¡Contraste singular! Las provincias más perjudicadas con las faltas de Napoleón le eran las menos desfavorables, porque se obstinaban en ver en él al intrépido defensor de la patria. En las demás partes, la cólera crecía, y como un hombre irritado se irrita más cuanto más grita, el espíritu público parecía embriagarse con su propio furor. La muerte del duque de Enghien, sobre la cual se había callado durante tanto tiempo; la pérdida de Bayona, donde habían sucumbido los príncipes españoles, eran asunto de las relaciones más sombrías, como

si á la verdad, de suyo tan grave, hubieran tenido necesidad de añadir la calumnia. La vuelta de Egipto y la vuelta de Rusia eran calificadas de cobardes abandonos del ejército francés comprometido. Napoleón, decían, no había hecho una campaña que fuese verdaderamente digna de elogio. Había tenido sí en su larga carrera algunos acontecimientos felices, pero obtenidos á fuerza de sacrificar hombres. El arte militar, corrompido en sus manos, se había convertido en una espantosa carnicería.

Su administración, hasta entonces tan admirada, no había sido más que una horrible fiscalización, destinada á quitar al país su último escudo y su último hombre. La inmortal campaña de 1814 no era más que la continuación de las extravagancias inspiradas por la desesperación. En fin, una orden dada por la artillería en la batalla del 30 de marzo, sin anuencia de Napoleón, que estaba á ochenta leguas de París, por la cual se mandaba destruir las municiones de Grenelle para privar de ellas al enemigo, era considerada como la resolución de hacer saltar la capital. Un oficial, que procuraba lisonjear las pasiones del día, suponía haberse negado él á la ejecución de esta orden espantosa. El monstruo, decían, había querido destruir París, como un corsario que hace saltar su buque pero con la diferencia de que él no estaba á bordo. Además, añadían, no era francés, y debían felicitarle de ello, en honor de la Francia. Había cambiado su apellido de *Bonaparte* en *Bona parte*, y era preciso restablecerle tal cual era. Tampoco le debían dar el nombre de Napoleón, pues Napoleón era un santo imaginario; á su apellido se debía unir el nombre de Nicolás y no el otro. Ese monstruo, exclamaban, ese enemigo de los hombres era un impío. En tanto que en público iba á oír misa á su capilla ó á la catedral, hacía profesión de ateísmo en su intimidad con Monge, Valmy y otros. Era duro, brutal, pegaba á sus generales, ultrajaba á las mujeres, y como soldado, era un cobarde. ¡Y la Francia, añadían, ha podido someterse á semejante hombre! No podía explicarse esta aberración más que por la ceguedad que sigue á las revoluciones. A este flujo de palabras, se habían añadido actos del mismo carácter. La estatua de Napoleón, que en vano habían querido echar abajo con una cuerda el día de la entrada de los aliados, atacada algunos días más tarde con los medios del arte, había sido bajada de la columna de Austerlitz y llevada á un oscuro almacén del Estado, de modo que al contemplar el monumento el odio público tenía la satisfacción de no distinguir más que el vacío sobre su despojada cumbre.

Tal era la explosión de cólera á que debía asistir en vida por un terrible cambio de la opinión el hombre más adulado durante veinte años, el hombre que más había merecido la admiración del universo.

Es verdad que era bastante grande para hacerse superior á cosas tan indignas, y bastante culpable también para saber que se había atraído por sus actos este cruel cambio de opinión. Pero en este espectáculo había algo más triste aún, y eran las lisonjas prodigadas al mismo tiempo á los soberanos aliados. Sin duda alguna, Alejandro, por la conducta que observaba, dando así un ejemplo á sus aliados, merecía el agradecimiento de la Francia. Pero si nunca es permitida la ingratitud, el reconocimiento debe ser discreto cuando se dirige á los vencedores del país. No lo era en Francia, y todos se

esforzaban en repetir que era bien magnánimo, en soberanos que tanto habían sufrido á manos de los franceses, el vengarse de ellos con tanta dulzura. Las llamas de Moscou se recordaban todos los días, no por escritores rusos sino por escritores franceses. No se contentaban con elogiar al mariscal Blücher y al general Sacken, hombres valientes, cuyo elogio era natural en boca de prusianos y rusos, sino que sacaban á relucir á un emigrado francés, el general Langerón, que servía en los ejércitos del zar, para relatar con complacencia lo mucho que se había distinguido en el ataque de Montmartre y cuán justas eran las recompensas que había recibido del emperador Alejandro. De este modo, en las numerosas peripecias de nuestra grande y terrible revolución, el patriotismo debía tener, como la libertad, sus descalabros, y, lo mismo que la libertad, ídolo de los corazones en 1789, se había convertido en 1793 en objeto de su aversión, así el patriotismo debía ser hollado hasta el punto de honrar el acto, culpable en todo tiempo, de pelear contra la patria. ¡Tristes son esos días de reacción, en que el espíritu, profundamente turbado, pierde las nociones más elementales de las cosas, desprecia lo que había adorado, adora lo que había despreciado y toma las contradicciones más vergonzosas por una vuelta feliz al conocimiento de la verdad!

Naturalmente si Napoleón era un monstruo, á quien era preciso arrancar la Francia, los Borbones eran príncipes modelos á los cuales era preciso devolverla cuanto antes, como un bien legítimo que les pertenecía. La Francia, mirándolo bien, no les había olvidado, pues no bastan veinte años para olvidar á una familia ilustre que ha reinado grandemente durante muchos siglos; pero la generación actual ignoraba absolutamente cómo y en qué grado eran parientes del infortunado rey muerto en el cadalso, y del hijo no menos infortunado que sucumbió á manos de un zapatero. Se preguntaban si eran hijos, hermanos ó primos de aquellos príncipes desgraciados, pues excepto algunos ancianos la masa nada de esto sabía. La lisonja, pronta á pasar del que llamaban el tirano destituido á los que llamaban ángeles salvadores, atribuía á estos últimos todas las virtudes, y seguramente poseían algunas que habrían merecido ser celebradas en un lenguaje más noble y más digno. Decían que Luis XVI había dejado un hermano, Luis Estanislao Javier, destinado hoy día á sucederle bajo el nombre de Luis XVIII, y que era un sabio, un letrado y un hombre muy prudente; que había dejado otro hermano, el conde de Artois, modelo de bondad y de gracia francesa, y por último dos sobrinos, el duque de Angulema y el duque de Berry, tipos del antiguo honor caballeresco. Con estos príncipes, bondadosos y justos, que habían conservado las virtudes que una horrible revolución había casi arrebatado de la tierra, la Francia, querida y estimada de la Europa, encontraría el reposo que dejaría en paz al mundo. Hasta encontraría la libertad, que no había hallado en medio de las orgías sanguinarias de la demagogia y que le traían príncipes formados hacia veinte años en la escuela de la Inglaterra. En este lenguaje de la lisonja impaciente había sin duda una parte de verdad, y todo podía llegar á ser muy cierto si las pasiones de los partidos no vinieran á corromper tantos y tan felices elementos de prosperidad y de reposo.

Como quiera que sea, los Borbones, además de su mérito, tenían en su favor la fuerza de la necesidad. En efecto, la república, manchada aún con la sangre vertida en 1793, no podía proponerse á la Francia atemorizada; sólo el realismo era posible, y de los dos reinados entonces presentes al espíritu, el del genio y el de la tradición, una vez perdido el primero por sus extravíos, no quedaba sino el segundo, consagrado por los siglos y rejuvenecido por la desgracia. Era, pues, bien natural que después de haber empleado algunos días en recordar á los Borbones, se adhiriesen á ellos con un entusiasmo que crecía de hora en hora.

Era preciso, pues, apresurarse á redactar la constitución que debía ligar á los Borbones y recibir al conde de Artois en París. El conde de Artois permanecía oculto en Nancy, como hemos dicho, esperando la respuesta de Mr. de Vitrolles, que había acudido á ponerse de acuerdo con el gobierno provisional, y que no había querido volver cerca del príncipe hasta tanto que se hubiese resuelto la cuestión de la regencia de María Luisa. Una vez rechazada esta regencia definitivamente, como el restablecimiento de los Borbones era la única solución imaginable, debían enviar á Mr. de Vitrolles á Nancy para buscar al príncipe. Mr. de Talleyrand y los miembros del gobierno provisional, á pesar de las exigencias de Mr. de Vitrolles, le encargaron dijera al conde de Artois que sería recibido á las puertas de París con todos los honores debidos á su rango; que le llevarían á Nuestra Señora para oír un *Tedéum*, y de Nuestra Señora á las Tullerías; que debía entrar con el uniforme de guardia nacional; que hasta era de desear que se adornara con la escarapela tricolor, pues éste sería un medio seguro de granjearse las simpatías del ejército; que tal era el consejo de los hombres ilustrados, cuyo concurso era en la actualidad indispensable; que el poder que le darían sería el de representante de Luis XVIII cuyas credenciales había recibido, y que estas credenciales serían sometidas al senado, quien en vista de ellas concedería al príncipe el título de lugarteniente general del reino, por supuesto bajo las condiciones de la nueva Constitución.

Mr. de Vitrolles, bajo la inspiración de los sentimientos que animaban al antiguo partido realista, se pronunció fuertemente contra la escarapela tricolor, en atención á que los colores blancos eran, según él, los del antiguo reinado, y el emblema de su derecho inalienable; contra la pretensión del senado de otorgar la investidura del poder real al conde de Artois, y sobre todo contra la idea de imponer una Constitución al soberano legítimo. Como Mr. de Talleyrand no era amigo de contiendas, y como además contaba con el tiempo para arreglar todas las cosas, respondió con bastante ligereza á Mr. de Vitrolles que era preciso partir sin demora á buscar el príncipe; que, en el momento de la entrada del conde de Artois se vería cómo podría resolverse la dificultad de la escarapela; que en cuanto á la Constitución, era indispensable, pero que la harían lo menos incómoda posible, y que sobre todo procurarían quitarle la apariencia de una ley impuesta. En una palabra, le repitió que era preciso partir y no retardar con dificultades pueriles la marcha de los acontecimientos. Al mismo tiempo le encargó que confirmara al príncipe su adhesión personal más absoluta.

Con el fin de convencer más aún á Mr. de Vitrolles de que lo mejor que tenía que hacer era marcharse con esas condiciones, le facilitaron una audiencia del emperador Alejandro. En esta audiencia, Mr. de Vitrolles, con la arrogancia de los partidos victoriosos, había querido abogar por los antiguos colores y por la entera libertad del rey de Francia, mas el emperador Alejandro, saliendo de su bondad ordinaria, le dijo que los monarcas aliados no habían atravesado el Rhin con cuatrocientos mil hombres para hacer á la Francia esclava de la emigración; que, sin tener la pretensión de imponerla un gobierno, ellos seguirían el parecer de la única autoridad actualmente admitida y admisible, la del senado; que habiéndose valido de esta autoridad para destronar á Napoleón, no le pagarían con la ingratitud de destronarla á ella; que además la autoridad del senado era á sus ojos la única prudente é ilustrada, y que sólo ella podía dar á todo lo que se hiciera á la vez un carácter regular y nacional; que al cabo y al fin la fuerza que había derribado las puertas de París estaba presente; que esa fuerza era la de la Europa y que era preciso sufrirla, y sobre todo no inspirarla el arrepentimiento de haberse comprometido ya demasiado en favor de los Borbones.

Mr. de Vitrolles habría querido contradecir, pues ahora le parecía odiosa la influencia extranjera que no había temido ir á buscar á Troyes, y la consideraba como insoportable desde que daba buenos consejos. Sin embargo, como no era posible replicar, se puso en camino, portador de las condiciones del gobierno provisional, y prometiéndose con sus amigos hacer en su ejecución las rebajas que pudieran.

La más urgente de las medidas que había que tomar era la redacción de la Constitución. Importaba mucho apresurarse, primero para hacer definitiva la destitución de Napoleón dándole á los Borbones por sucesores, y segundo para ligar á los Borbones al tiempo de llamarlos, sujetándolos á los principios de 1789. Esta doble idea de llamar á los Borbones y de imponerles buenas leyes, propagada por Mr. de Talleyrand, había penetrado en todas las cabezas. Según el plan primitivo, el gobierno provisional debía formular el proyecto de Constitución, y á fin de cumplir esta tarea el gobierno había pedido ayuda á los miembros más ilustrados y acreditados del senado, y los había reunido en su derredor. A las primeras palabras proferidas sobre tan grave asunto, se vieron surgir las ideas más contradictorias, todas aquellas ideas que en 1791 dominaban los ánimos y los arrastraban en sentidos diversos. En efecto, la instrucción política de la Francia, sucesivamente interrumpida por el Terror y por el Imperio, había sido suspendida en cierto modo, y la Francia se había quedado en las ideas de la Asamblea constituyente, aunque moderadas, sin embargo, por el tiempo. Mr. de Talleyrand, que odiaba las disputas, resolvió entonces dejar en libertad de obrar á los senadores, recomendándoles tres cosas: que fueran de prisa, que ligaron á los Borbones al llamarlos, y para ligarlos mejor, que establecieran el senado en la nueva Constitución con el título de cámara alta de la monarquía restaurada. De este modo procuraba contentar al senado, de quien había necesidad, y ponerle de obstáculo contra la emigración. Dado este consejo, Mr. de Talleyrand había abandonado la obra, y de

los miembros del gobierno provisional sólo había quedado sobre el terreno el abate de Montesquiou, disputador obstinado y altanero, que tenía gran empeño en saber qué condiciones se impondrían á los Borbones, de quienes era un agente secreto y fiel.

Las discusiones fueron animadas entre este personaje y los senadores encargados de redactar la Constitución: veamos sobre qué versaron estas discusiones. El senado quería ante todo que Luis XVIII, hermano y heredero del infortunado Luis XVI, después de la muerte del augusto huérfano que había quedado preso en el Temple, fuese considerado como llamado *libremente* por la nación, y entrara en posesión del poder al punto que hubiese prestado juramento á la nueva Constitución. Sin duda se dirigían á este príncipe á causa de su origen real, cuyo valor hereditario reconocían de este modo; pero iban á buscarle *libremente* y le tomaban con *condiciones* en virtud del derecho que tenía la nación para disponer de sí misma. El senado pretendía conciliar así estos dos derechos, el del antiguo reinado y el de la nación, admitiéndolos á entrambos y ligándolos por medio de un contrato recíproco. Vivamente disputado este punto, pero establecido al fin, se presentaba la cuestión de la forma de gobierno, sobre la cual felizmente no había divergencia ni aun entre los espíritus más opuestos, pues se admitía por unanimidad un rey inviolable, depositario único del poder ejecutivo, ejerciéndole por medio de ministros responsables y compartiendo el poder legislativo con dos cámaras, una aristocrática y otra popular. Sólo acerca de varios detalles relativos á la práctica de este sistema había diferencias de opinión. Los hombres que estaban imbuidos en las preocupaciones de la Constituyente deseaban que las dos cámaras tuvieran la iniciativa en la presentación de las leyes, conservando siempre el rey la facultad de sancionarlas, facultad que ninguno pensaba en disputarle. Entonces no se sabía por experiencia que bajo esa forma de gobierno lo esencial para las cámaras es llegar á obtener ministros con mayoría, mediante el mecanismo de la Constitución. Estos ministros obtenidos así, hacen después las leyes apetecidas generalmente, pues de otro modo los ministros obligados á presentar y ejecutar leyes contrarias á sus miras no serían más que unos simples ejecutores muy torpes ó poco sinceros. A falta de experiencia, discutían, pues, sobre la importancia de la iniciativa. Por igual causa, ó mejor dicho, por la influencia de experiencias demasiado recientes y demasiado dolorosas, hablaban de quitar al rey el derecho de paz y de guerra, olvidando también que todas estas prerrogativas que reclamaban para las cámaras están contenidas más convenientemente en una sola, la de alejar del poder ó llamar á él los ministros, que, siendo elegidos por mayoría, hacen según sus deseos la paz ó la guerra. En fin, otra cuestión hija enteramente de las circunstancias, la concerniente á la composición de las dos cámaras, era objeto de muchas discusiones. La segunda, llamada cámara *baja* por los ingleses, que son bastante severos para atenerse, no á las palabras, sino á las cosas, no daba motivo á ningún disentiimiento. En vez de hacerla nombrar por el senado en vista de la lista de candidatos que presentaran los cuerpos electorales, como se practicaba en tiempo del imperio, convenía en hacerla elegir directamente por los colegios electorales, dejando

á la legislación ordinaria el cuidado de organizar estos colegios. El conflicto más grave tenía lugar con respecto á la cámara *alta*. Mr. de Talleyrand y sus colaboradores querían que bajo la monarquía restaurada de los Borbones toda la influencia perteneciera al senado, compuesto de las ilustraciones de la revolución y del imperio. Seguramente nada mejor se podía desear, pues los miembros del senado habían contraído suficientemente el hábito de la sumisión para no servir de estorbo al soberano, y estaban bastante imbuidos en los sentimientos de la revolución francesa para oponer á la emigración un obstáculo invencible. Así Mr. de Talleyrand les había alentado á establecerse sólidamente en la nueva constitución, declarándose pares hereditarios. Sobre este punto había encontrado de su parecer al emperador Alejandro, pues este príncipe, generoso y entusiasta, que tenía á su lado á su antiguo institutor Mr. de Laharpe, quien le había puesto en relación con los senadores liberales, abundaba enteramente en sus ideas, le repugnaba colocar á la Francia bajo el yugo de la emigración, después de haberla arrancado al del imperio, y no quería otro instrumento que el senado, ya para destronar á Napoleón, ya para ligar á los Borbones al llamarlos al trono.

Secundados en estas tendencias por convicciones sinceras, por sus intereses, y por altas aprobaciones, los senadores no querían hacer las cosas á medias. Querían que el senado en masa compusiera la cámara alta, bajo el gobierno de los Borbones, y para que no fuese absorbido en una inmensa promoción de pares pertenecientes á la emigración, pretendían limitar el número de miembros de esta cámara al que entonces tenía, concediendo sólo al rey la facultad de proveer las vacantes, facultad sumamente limitada, estando admitido entre los senadores el principio hereditario. A estas ventajas políticas tenían el proyecto de añadir ventajas pecuniarias, atribuyéndose la propiedad de su dotación, que sería dividida por partes iguales entre los senadores vivos. Además, para que no pareciera que sólo pensaban en ellos, los senadores querían que el cuerpo legislativo existente compusiera la cámara *baja* de la monarquía hasta su reemplazo sucesivo.

Por último, llegaban los puntos sobre los cuales había unanimidad, la votación de los presupuestos por las cámaras, la igualdad de la justicia para todos, la inamovilidad de la magistratura, la libertad individual, la libertad de cultos y de la prensa, salvo la represión de los delitos por los tribunales, la admisión de los franceses á todos los empleos, el sostenimiento de los grados y dotaciones del ejército, la conservación de la Legión de Honor, el reconocimiento de la nueva nobleza con el restablecimiento de la antigua, el respeto absoluto de la deuda pública, la irrevocabilidad de las ventas llamadas *nacionales*, y en fin, el olvido de los actos y opiniones que habían distinguido á cada uno desde 1789. Así, pues, desde entonces se estaba de acuerdo, salvo algunos puntos de circunstancias, sobre la forma de la monarquía, calificada de *constitucional*, consistente en un rey hereditario é inviolable, representado por ministros responsables ante dos cámaras de diverso origen y provistas de los medios para tener ministros de su opinión; monarquía que no es inglesa, ni francesa, ni alemana, sino de todos los países y de to-